

Venéreo, venerable, veneno, venado y otros primos hermanos del vanadio

Fernando A. Navarro

Servicio de Traducción
Laboratorios Roche, Basilea (Suiza)

Muchas raíces comunes a idiomas de las distintas familias europeas y del norte de la India demuestran la existencia prehistórica de una lengua indoeuropea común. Es lo que sucede, por ejemplo, con la raíz *van* o *wan*, indicativa de deseo y fácilmente reconocible tanto en el inglés *to want* ('querer, desear algo') como en el sánscrito *vánati* ('él desea'). Precisamente del sánscrito *vanik* ('comerciante'; literalmente, 'que desea o busca ganancia') deriva la palabra española **baniano**, recogida en el diccionario académico con el significado de 'comerciante indio'. La misma raíz indoeuropea reaparece en el nombre de la diosa romana del deseo carnal, **Venus**, y su colega **Vanadis**, esposa de Odín y diosa del amor en la mitología escandinava. En honor a ella, por cierto, los químicos suecos Jöns Berzelius y Nils Sefström bautizaron en 1830 con el nombre de **vanadio** al elemento químico de número atómico 23, descubierto casi treinta años antes en Méjico por el geólogo y químico español Andrés del Río, quien le dio el nombre de 'eritronio', por el color rojo que sus sales adquirirían al calentarlas.

Como acabamos de ver con Venus, la raíz indoeuropea que expresa relación con el deseo adoptó en latín la forma *ven*. Así, los romanos llamaban *venenum* a los filtros amorosos, que vaya usted a saber de qué porquerías estarían hechos, porque digo yo que muchos ardientes enamorados hubieron de palmarla tras ingerir alguno de estos bebedizos antes de que el latín *venenum* pasara a significar **veneno**. ¡Qué ro-

mántico y hermoso origen para palabras tan macabras como **venenoso**, **envenenar**, **envenenador** y **envenenamiento**!

Antes de convertirse en el nombre propio de la seductora diosa romana del amor, el latín *venus-veneris* era un sustantivo común para designar un 'objeto deseado' o un 'objeto obtenido por favor divino'. Directamente emparentado con él, el verbo *venerari*, que inicialmente significaba 'pedir un deseo a los dioses' (semejante, por lo tanto, a nuestros verbos 'rezar' u 'orar'), adoptó pronto el sentido de 'dirigirse con respeto a alguien', que es el que conserva **venerar**. Ello explica que nuestro adjetivo **venerable** ('digno de veneración o respeto') no necesariamente se aplique a Dios o a los santos, y uno pueda usarlo tranquilamente para referirse a una venerable ancianita.

También la **venia** era inicialmente una gracia concedida por los dioses, pero hoy se aplica indiscriminadamente con el sentido de 'favor', 'gracia', 'perdón' o 'permiso'. Cuando los abogados defensores o los funcionarios del ministerio fiscal, por ejemplo, desean tomar la palabra en un juicio, comienzan diciendo «con la venia de la Sala», e igualmente emplean la muletilla «con la venia debida» cuando desean contradecir alguna opinión expresada por el juez. El uso de 'venia' en el sentido de 'perdón' es más conocido por influencia de la Iglesia, que ha dividido tradicionalmente los pecados en mortales y **veniales**. Así decía el jesuita Gaspar Astete en su archiconocidísimo *Catecismo de la doctrina cristiana* (publicado en 1599, con infinidad de reediciones posteriores):

¿Por qué se llama venial?

– *Porque ligeramente, esto es, con facilidad, cae el hombre en él y ligeramente se le perdona.*

¿Por cuántas cosas se le perdona?

– *Por nueve: la primera, por oír misa; la segunda, por comulgar; la tercera, por decir la confesión general; la cuarta, por re-*

cibir la bendición episcopal; la quinta, por tomar agua bendita; la sexta, por comer pan bendito; la séptima, por decir el padrenuestro; la octava, por oír un sermón; la novena, por darse golpes de pecho pidiendo a Dios perdón.

Curioso, realmente curioso esto de aguantar un sermón y darse golpes en el pecho para quedar limpio de pecado, aunque me temo que de la mano del padre Astete me he desviado un tanto del asunto que me ocupaba.

En nuestros días, reducida la caza a un hermoso deporte consistente en salir al monte y pegarles tiros a los conejos, a las perdices, a los corzos y a todo bicho viviente que se ponga por delante, se olvida con frecuencia que la caza tenía primitivamente carácter mágico o religioso, como bien evidencian las pinturas rupestres. Se explica así también la presencia de la raíz *ven* en las palabras latinas *venari* ('cazar'), *venatus* ('caza') y *venabulum* ('arma de caza'), así como las españolas **venatorio** ('relativo a la caza o la montería'), **venado** (antiguamente cualquier pieza de caza mayor; hoy, el ciervo) y **venablo** ('dardo' o 'lanza corta arrojadiza').

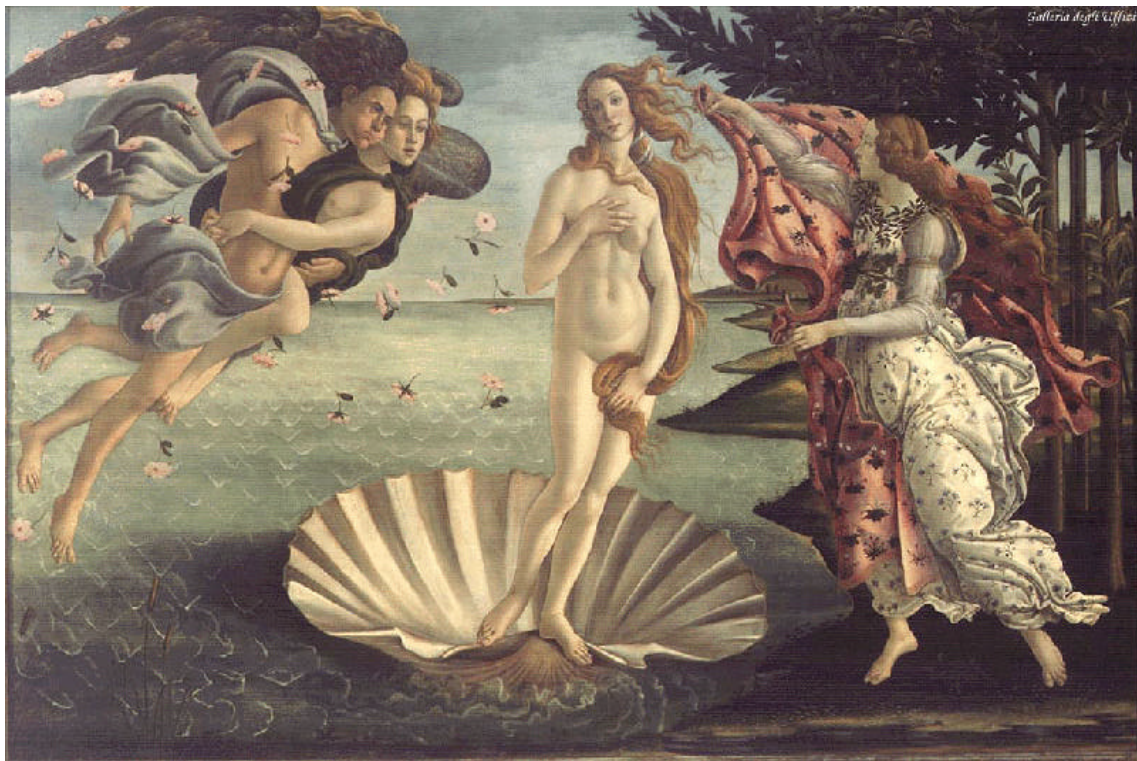
Venus, la diosa del deseo, el amor y la belleza, surgió desnuda de la espuma del mar y, surcando las olas en una concha (véase la ilustración de Botticelli), desembarcó en la isla de Citera. A esta preciosa concha, que sirvió de nave para la desnudez turbadora de la más bella de las diosas, los romanos la llamaron en latín *veneria concha* ('concha de Venus'), de donde provienen tanto el castellano **venera** como el gallego *vieira*, más utilizado que 'venera' también en el resto de España para nombrar este sabrosísimo molusco. Especialmente abundantes en los mares de Galicia, las **vieiras** se convirtieron durante la Edad Media en el símbolo de los peregrinos que acudían a Santiago de Compostela a visitar la tumba del apóstol, que las incorporaron a su indumentaria y se servían de ellas con dos fines primordiales: como patillo

para pedir limosna, y a modo de escudilla para beber agua de las fuentes y manantiales. Buena muestra de lo asociadas que, en muchos países europeos, estaban las vieiras a los peregrinos que regresaban de Santiago trayéndolas cosidas en sus esclavinas es el nombre que esta concha recibe en francés (*coquille Saint-Jacques*) o en alemán (*Jakobsmuschel*): en ambos casos, literalmente 'concha de Santiago'.

Del latín *venerius* ('relativo a Venus') deriva nuestro adjetivo **venéreo**, presente en castellano desde mediados del siglo xv para designar todo lo relativo al acto carnal. Veamos, a modo de ejemplo, cómo refiere el segoviano Andrés Laguna en su *Dioscórides* (1555) los bulos sobre un curioso sistema para «atosigar con napelo» —«envenenar con acónito», diríamos hoy— a personas muy principales:

Tengo por burla lo que hallo escrito en algunos doctores árabes, que cierta doncella mui acabada i hermosa fue mantenida desde niña con el napelo, para cautamente atosigar algunos reyes, y príncipes, que después con ella tuviessen conversación venérea.

A partir del siglo xvi, este término comenzaría a utilizarse en medicina en el sentido con el que aún hoy lo usamos; en 1527, Jean de Bethencourt emplea ya la expresión *morbis veneris*, y Fernel, en 1546, *lues venerea*. Durante siglos, los médicos hemos seguido llamando **enfermedades venéreas** a las transmitidas por contacto sexual. A partir de ahí surgieron los términos **venereología**, para la ciencia, y **venereólogo**, para el médico especialista en enfermedades venéreas. Este prolífico adjetivo, presente también en expresiones como **transmisión venérea**, **contagio venéreo**, **linfogranuloma venéreo** o **condilomas venéreos**, ha dado origen además al vocablo **venereofobia** (temor morboso a padecer una enfermedad venérea). Con todo, no se agota en el adjetivo 'venéreo' y sus derivados la repercusión dermatológica de la diosa del amor. Especialmente próxima a Ve-



«El nacimiento de Venus», de Sandro Botticelli. Florencia, Galería de los Uffizi.

nus ha estado siempre, por motivos bien comprensibles, la terminología de la principal de las enfermedades venéreas, la sífilis. Buen ejemplo de ello son dos de los signos dermatológicos más característicos de la sífilis secundaria: el **collar de Venus** (lesiones hipocrómicas en la región del cuello, también llamadas ‘sífilides pigmentarias’ o ‘leucodermia sífilítica’) y la **corona de Venus** (sífilides seborreicas en la frente y la raíz del cabello).

La influencia de esta seductora diosa sobre el lenguaje médico tampoco se limita exclusivamente, por supuesto, a la dermatología. En anatomía, por ejemplo, llamamos **monte de Venus** (*mons veneris*) a la eminencia celuloadiposa postpuberal cubierta de vello situada en la parte anterior del pubis femenino, inmediatamente por encima de la vulva.

Y no es menor la influencia que la diosa romana del amor ha ejercido sobre el lenguaje común. Antiguamente se conocían siete cuerpos celestiales y, relacionados con ellos, siete días de la semana y siete metales: Luna-lunes-plata, Marte-martes-hie-

ro, Mercurio-miércoles-mercurio, Júpiter-jueves-estaño, Venus-viernes-cobre¹, Saturno-sábado-plomo y Sol-domingo-oro. De hecho, el quinto día de la semana se llama **viernes**, del latín *veneris dies*, por estar consagrado a Venus. No deja de ser curioso que, desde la adopción generalizada de la semana laboral de cinco días, la noche del viernes, primera del fin de semana, guarde en nuestros días una estrecha relación con la transmisión de las enfermedades venéreas.

Directamente emparentado con Venus está también el quinto día de la semana en francés (*vendredi*) e italiano (*venerdì*), pero no en los idiomas germánicos (*Freitag* en alemán; *friday* en inglés; *vrijdag* en holandés; *fredag* en sueco y noruego), que lo derivan de Freya, otro de los nombres de Vanadis, la diosa del amor en la mitología nórdica. ■

¹ Pocos saben, por cierto, que el símbolo que hoy se ve en las historias clínicas de todo el mundo para designar el sexo femenino, ♀, corresponde al símbolo que los alquimistas medievales utilizaban para representar tanto el cobre como el planeta Venus.